

Población Juan Aspeé se resiste a morir entre el barro, la delincuencia y el olvido

Alguna vez pujante, hoy el barrio es un cascarón casi deshabitado, donde la inseguridad se volvió rutina.

Juan Olivares Meza
 cronica@lidresanantonio.cl

Hay barrios que envejecen con dignidad, cuyas calles se arrugan como las páginas de un viejo libro querido, pero Juan Aspeé, esa población enclavada ahora en el corazón industrial de San Antonio, no tuvo esa suerte.

Se apagó de a poco, como un farol que nadie volvió a encender y hoy, en sus calles, queda el ruido de los motores portuarios y el polvo de los contenedores.

“Esto no es vivir, nadie quiere ni puede vivir en un lugar así. Aquí lo que hace esta gente es aguantar porque en algún momento puede llegar un billete cuando agranden el puerto”, dice un hombre de gorra azul en la calle Gabriela Mistral, mientras remienda una rueda de camión como quien lleva décadas entre fierros. No quiere dar su nombre. Aquí, hablar puede ser peligroso.



EN LOS ÚLTIMOS DOS MESES LA CALLE GABRIELA MISTRAL HA SIDO ESCENARIO DE HECHOS POLICIALES DE GRAN CONNOTACIÓN SOCIAL.



EL BARRIO SE HA IDO MURIENDO EN EL TOTAL ABANDONO OFICIAL.

En la calle Gabriela Mistral, devenida en aparcadero de camiones que buscan alguna reparación ya no juegan niños. La calle se ha convertido en un pan-

tano intransitable durante los inviernos. No hay pavimento, no hay veredas. Solo quedan los surcos que dejan los camiones pesados que ronronean de ma-

drugada, como bestias ciegas devorando el barrio. Los pocos talleres mecánicos que aún sobreviven son islas en un mar de abandono.

BARRIO CON HISTORIA

La historia de Juan Aspeé se escribe con nostalgia. Aquí hubo discotecas donde los jóvenes bailaban hasta tarde, parroquias de varias denominaciones, y un club deportivo que encendía los domingos con gritos y goles. Era un barrio vivo. Orgullosos. Pero la expansión portuaria fue avanzando como un pulpo silencioso. Primero se fueron los jóvenes. Después los almacenes. Luego, pau-

latinamente se fue la dignidad.

“Esto era bonito antes, tenía alma”, recuerda un vecino octogenario de la avenida La Playa, la misma que antaño era la puerta de entrada al barrio y hoy es un tramo deshecho, lleno de pozones, sin veredas ni semáforos.

“Por aquí ahora pasan puros camiones, antes aquí mismo (apunta hacia la esquina) había un restaurante y el almacén de la señora Vitalia que estaba lleno todo el día. Ahora los únicos que vienen son los que andan en sus maldades en la noche”, dice el hombre, bajando la voz al final de la oración.

Ocurre que el silencio de Juan Aspeé no es solo abandono, también es amenaza.

A fines de abril pasado, una balacera en calle Gabriela Mistral sacudió la calma aparente. Un homicidio frustrado terminó con la detención de un peligroso delincuente. Esa captura no fue un caso aislado, ya que tras el arresto del peligroso pistolero vinieron operativos policiales que permitieron recuperar mercadería robada desde contenedores. El avalúo de lo recuperado superó los 400 millones de pesos.

“No es secreto para nadie que aquí operan bandas. Vienen en la noche, descargan cosas, se reparten. A veces uno ve luces en los sitios eriazos, pero mejor no meterse”, confiesa un trabajador del barrio que razonablemente prefiere el anonimato. Sabe que mirar o decir de más puede costar caro.

Y es que el barrio, en la práctica, ya no le pertenece a sus vecinos. Está en manos del olvido institucional y de los intereses económicos. Todo parece indicar que el destino de Juan Aspeé está sellado.

Con no más de 300 personas residiendo, en su mayoría adultos mayores, parejas solas y trabajadores temporales, el barrio, entre calles abandonadas, silencio y crimen, se suma al triste final de su historia.